

BICHARA KHADER

La primavera árabe ante la prueba de la transición

Túnez frente a otras experiencias históricas*

Traducción de Fabián Chueca

Tras establecer algunos paralelismos entre los procesos de transición de diferentes regiones, el autor centra su análisis en la primavera árabe y cómo las revoluciones que allí se impulsaron ponen en evidencia los límites de los supuestos del paradigma liberal de modernización: la liberalización económica no implicó una redistribución del poder, ni el sector privado tomó el relevo del sector público como fuente de nuevos empleos; tampoco el capitalismo especulativo y de amiguismo que se implantó supuso el debilitamiento del autoritarismo. La primavera árabe no surgió de unas poblaciones hambrientas, sino de una ciudadanía sedienta de libertad. El autor concluye alertando sobre los peligros de la fase de transición y, en especial, del desencanto.

Los politólogos –y, en particular, Samuel Huntington– han distinguido en el transcurso de los dos últimos siglos tres oleadas de democratización: la primera es la de las revoluciones “nacionales” (inglesa, norteamericana, francesa) a lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX; la segunda es la de las revoluciones “ideológicas”, como la bolchevique, china o iraní; (pero ¿cómo una revolución ideológica de este tipo constituye una oleada de democratización?); la tercera corresponde a las “revoluciones democráticas” en la Europa mediterránea –España, Portugal y Grecia– en la década de los setenta, en América Latina en los ochenta y noventa, y en Europa central y oriental en la década de los noventa. Ha sido sobre todo la última oleada de democratización la que ha dado origen a una proliferación de escritos sobre una nueva disciplina, que algunos han calificado de “protociencia”, llamada *transitología*, cuyo objeto es el análisis de los factores y los actores que permiten el paso de un sistema autoritario o totalitario a un régimen democrático.

Bichara Khader es director del Centro de Estudios e Investigación sobre el Mundo Árabe Contemporáneo de la Universidad Católica de Lovaina

* Comunicación presentada en el 39º congreso del Foro del Pensamiento Contemporáneo organizado en Túnez por la Fondation Temmimi y la Konrad Adenauer Stiftung.

La transitología aspira a construir un marco teórico a partir de la observación de los procesos de transición democráticos, sobre todo en la Europa mediterránea, América Latina y Europa oriental y central para formular recomendaciones institucionales, identificar etapas que hay que atravesar y limitar la duración y el coste de la transición. Se cree que este marco teórico debería ser aplicable en otros contextos dentro de una concepción prescriptiva sin tener en cuenta configuraciones históricas específicas.

Después de un levantamiento popular de naturaleza y alcance inéditos, al que siguieron los otros países árabes tocados por el viento de la libertad, Túnez acometió una fase de transición democrática especialmente delicada en el transcurso de la cual había que fijar las prioridades, determinar los desafíos, establecer las reglas de juego y forjar un nuevo pacto social que pudiera asegurar la convivencia más allá de los conflictos ideológicos y las visiones diferenciadas. Así pues, es natural que los tunecinos dirigieran su atención hacia otras experiencias históricas, no para buscar un modelo o para copiar una experiencia, sino para extraer de ellas elementos útiles, evitar las trampas imprevistas y acortar el periodo de incertidumbre. He contado solo para Túnez no menos de una veintena de coloquios, seminarios y conferencias de análisis comparativos de las transiciones democráticas entre 2011 y 2013.

Este texto pretende mostrar la utilidad de estos análisis comparativos al tiempo que insiste en la particularidad de cada una de las experiencias históricas y en la necesidad de que los países árabes en transición, en particular Túnez, inventen su propio camino hacia la democracia. Distinguiré los dos momentos de la transición: 1) la fase de cuestionamiento (la forma en que se han desmoronado los sistemas autoritarios o totalitarios); y 2) la fase de reorganización (las medidas que es preciso tomar y las etapas que hay que atravesar para construir el nuevo orden democrático).

La fase de cuestionamiento: ¿qué nos enseña la historia?

«La historia nos enseña que no aprendemos nada de la historia»: la fórmula ha tenido éxito. Pero hay otra frase menos conocida: «Son los hombres quienes hacen la historia, pero no saben la historia que hacen». Si supieran la historia que hacen, las transiciones no serían tan largas, tortuosas e inciertas, y estarían exentas de conflictos, reveses y regresiones.

Las experiencias históricas enseñan claramente que la transición es, en primer lugar, un proceso a largo plazo, pero que la duración varía de un país a otro debido incluso a la manera en que caen las dictaduras. Veamos, pues, cómo se han desplomado otras dictaduras en diferentes contextos.

Examinemos el caso de América Latina. A partir de 1978 en el continente se produce una efervescencia sin precedentes y las dictaduras instaladas durante los decenios previos

comienzan a tambalearse antes de venirse abajo: Ecuador en 1978, Perú en 1980, Bolivia en 1982, Argentina en 1983, Uruguay en 1984, Brasil en 1985 y Chile en 1989. La caída de las dictaduras latinoamericanas revelan un “efecto bola de nieve” semejante a los hechos que tuvieron lugar en los países árabes en 2011 (Túnez, y después Egipto, Libia, Yemen, etc.) y que un autor llamó «el tsunami árabe».

Detrás de la aparente semejanza de la agitación política en América Latina, cada país conserva su especificidad. En Nicaragua el cambio se produce después de una lucha armada victoriosa (1979), en Panamá es una intervención estadounidense lo que permite la caída de la dictadura de Noriega (1989), en El Salvador (1992) y Guatemala (1996) son los acuerdos de paz entre los rebeldes y los Gobiernos en ejercicio los que sellan el fin de las dictaduras, en México y la República Dominicana (a partir de 1978) es una transformación del régimen autoritario lo que conduce al retorno a la democracia, en Colombia son más bien los cambios constitucionales (a partir de 1994) los que anuncian el agotamiento del modelo autoritario, en Argentina es la derrota de la junta militar en la guerra de las Malvinas (1982) lo que precipita la caída de la dictadura. En Brasil, el retorno progresivo a la democracia se articula a través de una evolución interna que dura diez años (1975-1985).

Aparte de los casos excepcionales que representan la lucha armada en Nicaragua y la intervención de una potencia extranjera en el caso de Panamá, la primera fase de transición democrática en América Latina se caracteriza por la singularidad de cada país. Pero la mayoría de las dictaduras caen pacíficamente.¹

Se puede formular la hipótesis de que el retorno a la democracia en Portugal y Grecia (1974) y en España (1977) sirvió, si no de acicate, al menos de efecto demostración, tanto por la anterioridad histórica de estas transiciones como por su carácter pacífico. Pero estas revoluciones europeas también tuvieron su especificidad: en el caso de Grecia, el nacionalismo exacerbado de los coroneles griegos condujo a la ocupación de la parte septentrional de Chipre por el ejército turco. En Portugal fue la Revolución de los Claveles, encabezada por el propio Ejército, lo que precipitó la caída del régimen instaurado por Salazar.

En cambio, en España fue el debilitamiento de la dictadura, el envejecimiento y muerte de Franco y el realismo de la oposición lo que permitió la transición “pactada”, es decir, negociada, tras la desaparición del dictador.² Es en este aspecto donde reside la ejemplaridad del caso español, citado a menudo como modelo de transición pacífica. Por transición negociada se entiende la cooperación entre las élites del régimen precedente y los líderes

¹ R. Fregosi, *Parcours transatlantiques de la démocratie, transition, consolidation, déstabilisation*, Éditions Peter Lang, Bruselas, 2010.

² Véase el artículo de B. Bazzana, «Le Modèle espagnol de transition vers la démocratie à l'épreuve de la chute du Mur de Berlin», *Revue d'Etudes comparatives Est-Ouest*, vol. 30, 1999, pp. 105-138.

de la oposición democrática, que desembocó en los Pactos de la Moncloa de 1977 y en la nueva Constitución de 1978. Se trata, pues, de una transición basada en la fórmula “reforma negociada, ruptura negociada” (“*reforma pactada, ruptura pactada*”) donde no debía haber ni vencedores ni vencidos. No hubo una ruptura abrupta de la legalidad franquista (fue, por lo demás, el propio general Franco quien propuso a Juan Carlos como futuro rey de España, prefiriéndolo a su padre, a quien correspondía, por derecho, el trono), pero el cambio fue gradual, controlado y pacífico y, como tal, ejemplar.

Lo que hubo fue, primero, un referéndum sobre las reformas, más tarde un reconocimiento del pluralismo, después la convocatoria de elecciones libres, y por último un nuevo referéndum para ratificar la nueva Constitución de 1978. Todo este periodo fue dirigido por un hombre que suscitaba consenso: Adolfo Suárez. Fue así como la transición española se convirtió en un referente ineludible.

Sudáfrica se inspiró sin duda en el paradigma español, pero en Sudáfrica se estableció una Comisión de la Verdad y la Reconciliación con el mandato de aplicar la justicia transicional para determinar las violaciones de derechos cometidas por el régimen anterior, perseguir a los culpables, conceder reparaciones a las víctimas, reformar instituciones como la justicia y la policía y facilitar el proceso de reconciliación y amnistía. De este modo, Sudáfrica fue un ejemplo emblemático de la derrota de un régimen de *apartheid* y del tránsito a una “democracia inclusiva” basada en «la verdad y la reconciliación», y no en «la limpieza étnica al revés». La “reconciliación” española, por su parte, se hizo a costa del silencio acerca de los crímenes del pasado para no obstaculizar la construcción de una cultura democrática.

El caso de Polonia podría presentar semejanzas con el caso español, pero se diferencia en tres aspectos. El primero está relacionado con el apoyo de la Iglesia católica a la revolución democrática polaca, algo que no siempre sucedió en el caso de la Iglesia española. El segundo guarda relación con el papel primordial que desempeñó Solidaridad, no sólo como organización sindical sino como gran movimiento nacional por la libertad y la soberanía. La tercera diferencia remite a las transformaciones geopolíticas que tuvieron lugar en Europa central y oriental después de la *perestroika* de Mijaíl Gorbachov (1986) y su declaración sobre la retirada de las tropas soviéticas de los países del Este (1988) y, un año más tarde, la caída del Muro de Berlín (1989).

Podríamos extendernos en dilucidar si los países del Este se habrían liberado de la tutela soviética sin la apertura iniciada por Mijaíl Gorbachov. Una cosa es cierta: tan pronto como el control de la Unión Soviética se relajó, las revueltas populares estallaron prácticamente en todas partes: en Polonia (huelgas de Solidaridad (1988), en Hungría (manifestaciones del 15 de marzo de 1988), en los países bálticos (frentes democráticos populares en

1988) y en Rumanía (motines de Braslov en 1988). Esta efervescencia dio paso a las primeras elecciones libres a partir de 1989. El factor externo, sin ser determinante, fue sin duda importante. Pero si el hundimiento de los regímenes del Este se produjo de forma rápida y simultánea fue también porque «la aquiescencia de los gobernados era débil».

En las revoluciones árabes encontramos algunas semejanzas con las experiencias latinoamericanas o europeas. En Yemen, Ali Saleh negoció su salida a cambio de la promesa de impunidad para él y su familia; sobrevivió a un atentado en el que sufrió graves heridas. Su retirada se debió, sobre todo, a la presión de Arabia Saudí y de los países del Golfo.

El caso de Libia es paradigmático en el sentido que hubo una resolución de las Naciones Unidas para proteger al pueblo libio, que condujo a una intervención militar encabezada por la OTAN con una participación simbólica de algunos países del Golfo y que acabó con un cambio de régimen y la muerte de Gadafi.

A partir de las experiencias de América Latina, la Europa Mediterránea o la Europa oriental y central, los autores han construido modelos teóricos sobre la transición y distinguen tres modelos:

1. Modelo de transición negociada (“*transition by agreement*”);³
2. Modelo de transición mediante transacción (“*transition by transaction*”);⁴
3. Modelo de transición mediante “acuerdo entre las élites” (“*elite settlement*”).⁵

En diversos grados, en Sudáfrica y en los países latinoamericanos las transiciones fueron transiciones mediante “acuerdo entre las élites” o “mediante transacción”. Solo la transición española es una “transición negociada” entre el régimen heredado de Franco tras su muerte y diversas fuerzas políticas, incluida parte de la oposición.

Ningún modelo puede aplicarse a los países árabes durante el momento revolucionario. En Túnez, el sistema autoritario de Ben Ali tocó a su fin bajo la presión de movilizaciones sociales pacíficas. Es también el caso de Egipto, donde Mubarak fue obligado a dimitir por el Ejército bajo la presión de la calle. En Libia, el régimen se derrumbó tras una rebelión armada apoyada por una intervención exterior. Solo Ali Saleh pudo negociar su salida, pero con la garantía de los países del Golfo.

³ Véase A. Przeworski, «Some problems in the study of democratic transitions», en G. O'Donnell, P. Schmitter y L. Whitehead (eds.), *Transitions from authoritarian rule: prospects for democracy*, Johns Hopkins University, Baltimore, 1991, pp. 121-145.

⁴ D. Share, «Transition to democracy and transition through transaction», *Comparative Political Studies*, vol. 19, nº 4, enero de 1987, pp. 525-548.

⁵ M. Burton y J. Highley, «Elite settlements», *American Sociological Review*, nº 52, nº 3, 1987, pp. 295-307.

Vemos hasta qué punto la erosión del sistema autoritario es en cada caso original. Debe evitarse, por tanto, lo que un documento de la UNESCO calificó de «tentación de la imitación», que impulsaría a determinados países árabes «a buscar en otro lugar lo que tienen en su propio fondo cultural».⁶

La experiencia de la caída de los sistemas autoritarios en los países de la primavera árabe no es, efectivamente, un calco de ninguna de las teorías clásicas sobre la transición. Puede existir incluso la tentación de decir que el mundo árabe (en todo caso en Túnez, Egipto y Yemen) ha inventado otro modo de lucha contra el sistema autoritario: la movilización social pacífica a través de la cual la sociedad ha derribado el poder. Por ello, Túnez constituye el paradigma incluso de la «revolución feliz»,⁷ modelo de una transición a través de la movilización social pacífica.

En otros países, como Marruecos, el rey logró mediante ciertas concesiones “otorgadas”, sobre todo constitucionales, realizar un pacto de transición que ha permitido desactivar provisionalmente las protestas. En los países del Golfo, hubo que recurrir a la renta petrolera para cortar de raíz las protestas (pero ¿por cuánto tiempo?). En Jordania, el rey ha prometido luchar contra la corrupción y ha cambiado varias veces de primer ministro, pero sin lograr apaciguar la cólera de la sociedad jordana. En Bahrein, en cambio, los tanques de los países del Golfo acudieron a proteger a una monarquía suní con el agua al cuello.

En cuanto al factor externo, solo desempeñó un papel marginal. No fueron las políticas euro-mediterráneas de la Unión Europea ni, *a fortiori*, la política estadounidense las que permitieron que se desencadenaran los levantamientos en cascada. La invasión de Irak por EE UU (2003), que debía producir una “cascada democrática” por contagio en los otros países árabes produjo más bien el efecto contrario. En cuanto a la insistencia occidental en la celebración de elecciones libres en los países árabes, fracasó rápidamente. Tan pronto como europeos y norteamericanos se dieron cuenta de que la apertura política en los países árabes llevaría al poder a los islamistas, no tardaron en echarse atrás porque preferían seguir tratando con el “diablo” conocido (los regímenes autoritarios) que con el “diablo” por conocer (los movimientos islamistas). Los intereses se impusieron a los valores. Condoleezza Rice, secretaria de Estado, lo reconoció con candidez en una entrevista concedida a *The Washington Post* en marzo de 2005: «La gente dice, bueno, ustedes hablan de democracia en América Latina, hablan de democracia en África y en Asia, y no hablan nunca de democracia en Oriente Medio. Y, desde luego, estaban en lo cierto porque se había decidido que la estabilidad primase sobre todo lo demás».⁸

⁶ UNESCO, *Démocratie dans le Monde Arabe*, documento elaborado en el marco de la mesa redonda de alto nivel organizada por la UNESCO, el 21 de junio de 2011, p. 25.

⁷ B. Khader, «La Tunisie: paradigme de la révolution heureuse», en B. Khader, *Le Printemps arabe: un premier bilan*, Syllepse, París, 2012, pp. 43-60.

⁸ Citado por G. Achcar, *Le Peuple Veut: une exploration radicale du soulèvement arabe*, Sindbad-Actes Sud, Arles, 2013, p. 132.

A pesar de los tímidos apoyos a las ONG de defensa de los derechos humanos, no se puede sostener la idea de que la Unión Europea fue un actor indirecto de la primavera árabe. La primavera árabe no se hizo gracias a la UE ni en contra de la UE, sino al margen de la Unión Europea. Es cierto que la UE insistió siempre, en el plano de las declaraciones, en el respeto de los derechos humanos y en la “reforma” política –convertida en “gobernanza”–, pero en general mantuvo las “mejores relaciones” con los regímenes autoritarios, considerados como garantes de la estabilidad, gendarmes antimigratorios y baluartes antiterroristas.

Los verdaderos actores de la primavera árabe fueron los propios jóvenes árabes. Ellos lograron, a cuerpo descubierto, lo que Bin Laden nunca consiguió hacer con su terrorismo ciego. En este sentido, la primavera árabe mató a Bin Laden política y simbólicamente antes de su eliminación física por los EE UU. Con su terrorismo “apocalíptico” y su guerra contra los regímenes árabes aliados del Occidente «impío y cruzado» (*sic*), Bin Laden no consiguió nunca dismantelar un solo régimen: los jóvenes árabes, con consignas modernas y un valor inaudito, lograron derrocar varios regímenes y hacer temblar a otros muchos.

Todo esto demuestra la singularidad del mundo árabe en relación con otras zonas geográficas y, dentro del mundo árabe, la especificidad de cada uno de los países que lo componen.

La contribución del mundo árabe a la reformulación de la teoría de la transición se comprueba en otro terreno al demostrar los límites del paradigma liberal de la transitología.

La teoría clásica de la “condicionalidad democrática”, en curso desde la década de 1960 hasta la de 2000, se basaba en tres variables:

1. La variable económica postulaba que la prescripción liberal, y la prosperidad que de ella resulta, prepararía el terreno para la democracia. Las cantinelas repetidas en coro por un buen número de transitólogos decían que los países pobres no eran democráticos (a excepción de la India) y que los países ricos eran democráticos (a excepción de los países rentistas como los países del Golfo). De acuerdo con la teoría de la modernización, se establecía de este modo una relación estrecha entre nivel de desarrollo y democracia.⁹
2. La variable social postulaba que la democracia no sería posible sin una burguesía nacional y sin clases medias. Todas las políticas europeas en el Mediterráneo, desde la Política Global Mediterránea hasta el Partenariado Euromediterráneo y la Unión por el Mediterráneo, se basaban en la prescripción liberal¹⁰ que debía preparar el camino para la

⁹ S. Lipset, *El hombre político: las bases sociales de la política*, Taurus, Madrid, 1987.

¹⁰ B. Khader, *Europa por el Mediterráneo: de Barcelona a Barcelona*, Icaria, Barcelona, 2009.

democratización con arreglo a la secuencia siguiente: desmantelamiento de las protecciones aduaneras, privatización, facilitación de las inversiones, dinamización del sector privado, creación de empleos asalariados, desarrollo de una clase media y una burguesía nacionales. Todo esto debía desembocar, de modo casi determinista, en una apertura política y por tanto en la democratización.

3. La variable cultural postulaba que el desarrollo produce una sociedad civil dinámica que, progresivamente, se libera de la cultura de sumisión, o de lo que un autor llamó «la servidumbre voluntaria»¹¹ y otro «la fuerza de la obediencia»,¹² y se empodera respecto al Estado.

Si interpretásemos los acontecimientos en el mundo árabe a la luz de la teoría de la modernización, deberíamos concluir que la primavera árabe fue el producto casi natural de una liberalización económica culminada con éxito, del desarrollo de una burguesía nacional y de unas clases medias dinámicas, y de una sociedad civil autónoma y especialmente reivindicativa.

Pero el análisis de la economía política de los países árabes en el transcurso de los tres últimos decenios invalida no pocos postulados de la teoría de la modernización. Desde la aplicación de los programas de ajuste estructural en la década de 1980,¹³ algunos países árabes tuvieron que pasar de la planificación central rigurosa a la economía de mercado, intensificar su integración en la economía mundial mediante la apertura de los mercados, revisar sus códigos de inversión para aumentar su atractivo, promover la «privatización» y proceder a curas de adelgazamiento del sector público.

¿Permitió todo ello la aparición de unas clases medias prósperas y autónomas, de una clase burguesa verdaderamente productiva y un sector privado dinámico y creador de empleo de calidad y, en consecuencia, de un pluralismo democrático? Es harto improbable. Un análisis detenido demuestra claramente que la liberalización económica no implicó una redistribución del poder,¹⁴ que la privatización consistió, las más de las veces, en transformar la economía del plan en la economía del clan¹⁵ y el monopolio de Estado en un monopolio privado. En estas condiciones, el sector privado no tomó el relevo del sector público como fuente de nuevos empleos, lo que explica la explosión del paro entre los jóvenes, sobre todo los titulados, y el desclasamiento de estos jóvenes que condiciona su ascenso

¹¹ É. de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*, Tecnos, Madrid, 2010; escrito en 1548.

¹² B. Hibou, *La Force de l'obéissance: économie politique de la répression en Tunisie*, la Découverte, Paris, 2006.

¹³ B. Khader (ed.), *Ajustement structurel au Maghreb*, l'Harmattan et Cetri, Paris, 1995.

¹⁴ J.-N. Ferrie y Jean-Claude Santucci, *Dispositifs de démocratisation y dispositifs militaires en Afrique du Nord*, CNRS, Paris, 2006.

¹⁵ B. Khader, «La privatisation dans le monde arabe; un remède miracle?», en B. Khader, *Le partenariat euro-méditerranéen vu du Sud*, l'Harmattan et Cetri, Paris, 2001, pp. 53-65.

social y por tanto el desarrollo de una clase media de cierta consistencia. En cuanto a la burguesía, llamada nacional, orientó sus actividades hacia las operaciones lucrativas (sector inmobiliario, turismo, etc.), sin asumir riesgos y sin grandes inversiones en las actividades productivas o en el aumento de la gama de productos. El capitalismo liberal árabe se asemejó por tanto a un capitalismo especulativo y, por su proximidad a los círculos del poder, a un capitalismo de amiguismo o, como lo califica Gilbert Achcar, un capitalismo de «connivencia». ¹⁶ ¿Es extraño que en estas condiciones el PIB por habitante se hubiera estancado en niveles bajos en el transcurso de las tres últimas décadas, 1980-2010, y que el triple azote de la pobreza, la desigualdad y la precariedad fuera la característica dominante de la situación social? Es cierto que las estadísticas oficiales mostraban unas tasas de crecimiento aceptables, pero según la opinión incluso de la directora del FMI, Christine Lagarde, «a diario se abandonaba a su suerte a demasiada gente». ¹⁷ Así pues, no fue el crecimiento lo que desencadenó los levantamientos árabes sino el crecimiento no igualitario que dejaba al margen a amplias capas sociales, sobre todo a los jóvenes instruidos.

A esta conclusión se llegó también en América Latina, pues la caída de las dictaduras se produjo en contextos de profundas crisis económicas, por lo que ha podido afirmarse que «el “decenio perdido” en el plano económico se “ganó” en el de las libertades y las instituciones democráticas». ¹⁸

Todo esto demuestra los límites del paradigma liberal: la economía puede ir mejor desde el punto de vista de la doctrina liberal y el «autoritarismo estar más sano que una manzana». Pero, al contrario, la economía puede ir mal sin por ello obstaculizar el proceso de cambio democrático.

En el caso de los países árabes, es cierto que la primavera árabe no surgió de unas poblaciones hambrientas, sino de unas poblaciones sedientas de libertad y de perspectiva: «*thawrat al al-ahrar wa la thawrat al Jiya'*» [«Es una revolución de la libertad y no del hambre»], coreaban los manifestantes de la plaza Al Tahrir. Esto no quiere decir que fueran las clases medias las que se erigieron en punta de lanza, aun cuando los abogados, los enseñantes, los ingenieros y otras profesiones (más bien de clase media) desempeñaron un papel importante.

La experiencia histórica de Túnez, Egipto y otros países árabes indica con claridad cómo con una mezcla de represión, coerción, cooptación selectiva y divisiones los regímenes lograron privar a la sociedad civil de sus capacidades de contrapoder. Pero áreas enteras

¹⁶ G. Achcar, *op. cit.*, 2013, p. 92.

¹⁷ Citado por G. Achcar, *op. cit.*, 2013, p. 77.

¹⁸ J. Santiso, «La démocratie incertaine: la théorie des choix rationnels et la démocratisation en Amérique Latine», en *Revue Française de Science Politique*, nº 6, 1993, p. 975.

de activismo (activismo informal no marcado ideológicamente, resurgimiento del sindicalismo, redes sociales de jóvenes, etc.) permanecieron a salvo de los regímenes: «Fue en estos espacios donde nació la primavera árabe».¹⁹

La fase de reorganización: la transición hacia un orden democrático

La verdadera transición comienza al día siguiente de la caída de un régimen. Después del cuestionamiento llega el momento de poner orden. Pero el camino del futuro no está baliado y el recorrido se hace con miedo: miedo a lo desconocido después del miedo a lo conocido. Después de la alternancia biológica hay que inventar una alternancia política. Hay que construir otra cultura política basada no en la obediencia (los dictadores dictan), sino en el pluralismo, la gestión de los conflictos y la aceptación de las divergencias.

Antes de construir es el momento de preguntarse:

1. ¿Qué ruptura con el antiguo régimen? ¿Ruptura pactada, negociada (como en España), o ruptura violenta?
2. ¿Qué justicia transicional? ¿Hay que olvidar y pasar página o juzgar a los antiguos responsables (como en América Latina, Etiopía)?
3. ¿Qué papel para el Ejército? ¿Debe abstenerse de interferir en el debate público (Ejército tunecino) o desempeñar un papel en la fase de transición (Ejército egipcio). En Portugal fue el propio Ejército el que impulsó la Revolución de los Claveles.
4. ¿Qué sistema electoral para alcanzar una mayoría constitucional? ¿Representación proporcional o no?
5. ¿Cómo asegurar la transparencia del escrutinio? ¿Mediante el control de los jueces nacionales y de los representantes de las fuerzas políticas o mediante observadores internacionales, o ambas cosas?
6. ¿Cómo limitar la proliferación de partidos y, al mismo tiempo, evitar la dominación de los partidos más antiguos y mejor organizados, pero no necesariamente los más democráticos?
7. ¿Cómo redactar una Constitución para todos y fomentar el debate público?
8. ¿Cómo reducir el coste económico y social de la transición? ¿Y cómo poner la economía en el buen camino para no desencantar a la población?

Es fácil imaginar la magnitud de los desafíos de una transición marcada por la fluidez política y la simultaneidad de problemas y desafíos. Porque la transición, por definición, es

¹⁹ F. Cavatorta, «Le printemps arabe: le réveil de la société civile: aperçu général», *MED 2012*, IEMed, Barcelona, 2013, p. 65.

un camino y una encrucijada: puede durar, encontrar dificultades, sumirse en la confusión. Su desenlace es incierto e imprevisible. Puede decepcionar a una juventud impaciente para la cual el tiempo social y económico (más inmediato) no se corresponde con el tiempo político (más largo).

En los periodos de transición, la palabra se libera y las fuerzas sociales, hasta entonces enterradas o taciturnas, vuelven a surgir, a veces entre el estrépito y el griterío. Ven la luz decenas de partidos, lo que aumenta la confusión y difumina las líneas. Nada es seguro: todo es fluido.

La incertidumbre es indisociable de la fase de la democracia hacia la cual se tiende; no es un régimen político exento de conflictos

A decir verdad, toda transición, por definición, se define por la fluidez política,²⁰ pues la propia dinámica de la transición transforma las estructuras y los comportamientos. No se trata, pues, de un proceso lineal, puesto que implica una gran dosis de indeterminación y de incertidumbre. No existe unanimidad en cuanto al ritmo que debe imprimirse a la fase de transición (¿hay que actuar con rapidez, aun a riesgo de ponerse de prisa y corriendo a redactar una Constitución, como sucedió en Egipto, dominada por los Hermanos Musulmanes, o tomarse tiempo para redactar un texto equilibrado y consensual, como parece ser el método tunecino?) ni en lo relativo a la naturaleza del cambio que se desea (¿gradual o radical, inclusivo o exclusivo?).

Reflexionar sobre las transiciones democráticas como situaciones de “fluidez política” es ante todo interesarse en el cómo pasar de un régimen a otro, y no en el por qué se cambia de régimen. Se sabe por qué se quiere cambiar de régimen, pero la construcción de otro en su lugar es incierta.

La incertidumbre es, por tanto, indisociable de la fase de transición ya que la democracia hacia la cual se tiende no es un régimen político exento de conflictos, sino «un régimen político en el que los conflictos son abiertos y negociables de acuerdo con las reglas de arbitraje conocidas».²¹ Hay que negociar esas nuevas reglas y concluir un «pacto social y político» entre fuerzas divergentes, algunas de las cuales no tienen asumidas las nociones esenciales de toda democracia, que son la «fecundidad de la divergencia»²² y la «legitimi-

²⁰ R. Banegas, «Les transitions démocratiques, mobilisations collectives et fluidité politique», *Cultures et Conflits*, nº 12, invierno de 1993, pp. 105-120.

²¹ Véase P. Ricoeur, *Sí mismo como otro*, Siglo XXI, Madrid, 1996.

²² N. Bobbio, *Liberalismo y democracia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

dad de la diferencia». ²³ Esto aumenta las incertidumbres puesto que las reglas de juego se cuestionan constantemente.

No es de extrañar que en estas condiciones la fase de transición sea una fase de tanteo, de ensayos y errores, de componendas, de improvisación, en la que se mezclan elecciones racionales con estrategias conflictuales.

La simultaneidad de los cambios requeridos aumenta las incertidumbres, ya que es preciso responder simultáneamente a varias preguntas:

1. Quiénes somos (¿qué identidad?)
2. Qué queremos (¿qué configuración constitucional, qué reglas de juego, qué pacto social?)
3. Adónde vamos (¿qué previsibilidad, qué futuro?)

Este triple interrogante plantea los problemas de la identidad, la convivencia y el futuro democrático. La respuesta simultánea a esta triple pregunta puede permitirnos calibrar la legitimidad y eficacia de los nuevos regímenes en transición.

Pero en este terreno Túnez no tiene que avergonzarse, a pesar de algunos intentos de ciertas fuerzas políticas de dejar que la cuestión "identitaria" impregne todas las demás y a pesar de los actos de intimidación cometidos por fuerzas conservadoras para amordazar la libertad de expresión.

En primer lugar, Túnez evitó el vacío de poder: a partir del 17 de enero de 2011, Mohammad Ghannouchi, un antiguo miembro del régimen de Ben Ali, formó un primer Gobierno de unión nacional. El mandato de Ghannouchi se prorrogó para formar un segundo Gobierno compuesto esencialmente por tecnócratas. Al ser destituido Ghannouchi, otro antiguo miembro del régimen, Béji Caid Essebsi, asume la tarea de formar el tercer Gobierno, en marzo de 2011. Fue Essebsi quien fusionó el Consejo Nacional para la Protección de la Revolución y la Comisión Nacional para la Reforma Política, que se convierte en la «Alta Instancia para la realización de los objetivos de la revolución, la reforma política y la transición democrática». Presidida por el jurista Yadh Ben Achour, esta Instancia «se convierte en el verdadero motor de la transición». ²⁴

El 12 de abril de 2011, la Alta Instancia adopta por unanimidad una nueva ley electoral, con escrutinio proporcional. Y el 23 de octubre de 2011 se organizan las primeras elecciones con total transparencia para elegir a los 217 miembros de la nueva Asamblea

²³ A. Oumlil, *La légitimité de la différence (Chariyat al Ikhtilaf)*, Rabat, 1991.

²⁴ K. Mohsen-Finan, «De la révolution au projet démocratique: les difficultés d'organiser la transition tunisienne», en *MED 2012*, IEMed, Barcelona, 2012, p. 17.

Constituyente. Un Gobierno de troika (Partido Ennahda, que propuso a su secretario general, Hamadi Jebali, para el puesto de primer ministro; el Congreso para la República, de Moncef Marzouki, que se convirtió en presidente, y Takkatol, de Mustafa Ben Jaafar, que se convirtió en presidente de la Asamblea). Debilitado por el asesinato del militante de izquierdas Chokri Belaid, el Gobierno de Jebali se disolvió y fue sustituido por otro presidido por Ali Larayedh y formado por numerosos tecnócratas. En lo que concierne a las dificultades de la transición en Egipto y en Libia, es obligado reconocer que Túnez sale bastante mejor parado. Y al contrario que en Egipto, donde se redactó una Constitución deprisa y corriendo, en ausencia de numerosos miembros de la Asamblea Constituyente, que decidieron boicotearla, Túnez se toma su tiempo. Una Constitución redactada con esmero es preferible, con mucho, a una Constitución hecha deprisa y corriendo.

Las prioridades de la transición

La transición no concluirá con éxito sin proceso constitucional, sin pluralismo político y social y sin una sociedad civil dinámica. Las experiencias históricas de América Latina y otros lugares así lo han demostrado.

Proceso constitucional

La modificación de la Constitución existente o la redacción de una nueva Constitución es un elemento esencial del proceso de transición. Los países de la primavera árabe ya se han puesto manos a la obra. Se trata de establecer un proyecto integrador de sociedad en torno a una Constitución que recoja la adhesión de los ciudadanos más allá del color político, la posición social y la pertenencia étnica o religiosa. Se trata, por tanto, de identificar los valores esenciales de una sociedad política y los principios comunes que deben regir la vida en común. Es esencial, por tanto, redactar una Constitución que garantice los derechos de todos los ciudadanos, asegure la igualdad ante la ley y proteja frente a la arbitrariedad; en una palabra, una Constitución que rompa con las “constituciones otorgadas” o hechas a medida o, peor aún, que enfrentan al Estado con la sociedad.

Por todo ello, una nueva Constitución no puede ser un simple remiendo ni un remedio de urgencia, debe ser profunda en los derechos que garantiza (de las mujeres, de las minorías, de las religiones, etc.), amplia en su alcance (afecta a todas las categorías profesionales y las capas sociales) y de larga duración, pues en ella se fundamenta el futuro, pero esto no significa que el texto constitucional deba ser válido para todos los tiempos ya que, por definición, es un texto inacabado susceptible de ser reconsiderado, mejorado, puesto al día en función de la evolución de las costumbres y de la maduración social.

La Constitución no es el reflejo de un partido político dominante, ni la traducción de una ideología, sino que se basa en un proyecto político y social consensual que acrecienta el sentimiento de pertenencia a una comunidad nacional.²⁵ Tiene que haber, por tanto, un diálogo nacional, debates permanentes, consultas periódicas para que los ciudadanos tengan la convicción de ser partes interesadas en las deliberaciones de la asamblea constituyente.

Pluralismo y transición política

El pluralismo es el fundamento de la transición política: es casi una verdad de Perogrullo. No es sólo la meta que hay que alcanzar, sino que también interviene en la construcción del proceso de transición. Así pues, es a la vez un objetivo y un camino de la transición. Por eso los regímenes autoritarios han procurado siempre impedir la expresión pluralista mediante el partido único o el partido dominante. Porque tan pronto como un régimen autoritario se ve forzado bajo la presión interna o externa a admitir un “pluralismo”, incluso controlado, abre de hecho una brecha en el sistema autoritario: el reconocimiento, por limitado que sea, de otras “legitimidades” contribuye a minar los fundamentos del sistema autoritario, a poner al descubierto sus disfunciones y fragilidades. El lanzamiento del movimiento Kifaya en Egipto y los buenos resultados obtenidos por los Hermanos Musulmanes en las primeras elecciones “abiertas” de 2005 anticipaban ya la estrategia de transición pluralista. Por otra parte, el poder, al percibir que se había pillado los dedos, se repuso de inmediato apretando de nuevo las clavijas.

El papel que desempeñó el Tribunal Constitucional en Polonia (entre 1986 y 1989) y la primera ley electoral en la Unión Soviética (1981) fueron otros tantos signos precursores del debilitamiento del sistema autoritario y, por consiguiente, del comienzo del florecimiento de la expresión pluralista.

El desafío de toda transición es enraizar el principio pluralista asentándolo en la «legitimidad de la diferencia», dicho sea con la expresión del sociólogo marroquí Ali Oumlil. Lo que este autor sostiene en realidad es que toda democracia es a la vez consensual (pacto social), en lo relativo al respeto de las instituciones y las reglas democráticas, y conflictual, pues supone y alimenta la diversidad.

En las sociedades donde se da preferencia a la armonía, la concordia, la subordinación y en las que se condena el conflicto como elemento de “*fitna*” o de desagregación social, no puede haber eclosión democrática. ¿Es una casualidad que Gadafi proscribiera los “partidos políticos” en su famoso (confuso) *Libro Verde*?

²⁵ Véase la intervención de Francis Delpérée en el coloquio organizado por el PNUD, en la ciudad de Túnez, el 5 de julio de 2011.

En una escala mayor, cabe preguntarse, *a posteriori*, si el “arabismo populista”, sobre todo en su versión baasista de las décadas de los cincuenta y sesenta, no se construyó en contra de la democracia. Con su insistencia en la “Gloriosa Nación Árabe” y su “misión eterna” (*al-risalah al khalidah*), el arabismo populista borró las diferencias y la diversidad. De tal suerte que toda oposición política o expresión identitaria o lingüística (bereber, por ejemplo), o étnica (como la kurda) o religiosa (chiíes, cristianos, etc.) se consideraba disidencia, separatismo y hasta conspiración contra la unidad de la Umma.²⁶

Al contrario que las estrategias falaces de la concordia y la armonía, el proceso de transición no elude el conflicto ligado a las sociedades pluralistas, tanto si ese pluralismo es vertical, y opone ideologías y opciones políticas, como si es horizontal, y autoriza la expresión de la diversidad territorial, étnica, lingüística o confesional.

No se regatearán esfuerzos para regular los conflictos y canalizarlos con el fin de evitar el estallido del cuerpo social y el cuestionamiento del principio mismo de la democracia. El texto constitucional, a causa de su estructura normativa, debe fijar los derechos y las obligaciones de cada ciudadano y de cada grupo para impedir que ciertos actores inviertan la dinámica democratizadora.

Las mujeres, con velo o sin él, participaron en los levantamientos y algunas dieron muestras de una audacia poco común

No hay transición satisfactoria sin sociedad civil dinámica

La primavera árabe fue obra de las sociedades civiles árabes. Los jóvenes constituyeron su punta de lanza. Estos jóvenes invirtieron mucho en la educación como medio de ascenso social, pero tienen la sensación de desclasamiento con respecto a las oportunidades en el mercado de trabajo.²⁷ Por falta de trabajo asalariado, incluso para cubrir sus necesidades, estos jóvenes están “atrapados” en casa de sus padres y obligados a posponer su deseo de fundar una familia.

Las mujeres, con velo o sin él, participaron en los levantamientos y algunas dieron muestras de una audacia poco común. Estas mujeres, jóvenes y menos jóvenes, quieren liberarse de un sistema social patriarcal engorroso que la crisis económica hace cada vez más

²⁶ B. Khader, *Le Monde Arabe expliqué à l'Europe*, L'Harmattan-CERMAC, París, 2009, pp. 241-292 [*El mundo árabe explicado a Europa*, Icaria, Barcelona, 2010].

²⁷ S. Floris, «Les jeunes, ces anti-héros du Printemps arabe», *MED 2012*, IEMed, Barcelona, 2013, p. 118.

insoportable (retraso de la edad de matrimonio, rechazo social del celibato asumido o soportado, dependencia de los padres, falta de oportunidades).

Lo que caracteriza la contestación de los jóvenes árabes y la distingue de las otras “revoluciones” es que estos jóvenes “piensan en redes”, mientras que los antiguos líderes pensaban en “organización piramidal”, con un jefe, un partido, un sindicato, una organización, una ideología.

Las redes sociales no desempeñaron prácticamente ningún papel en las revoluciones precedentes en Europa o América Latina. En cambio, en los países árabes su papel no ha sido desdeñable. Esto no quiere decir que la revolución árabe haya sido, como sugería un editorialista de *The New York Times*, Thomas Friedman, una “revolución Facebook”. Insinuarlo supone sencillamente subestimar la dinámica social y política, y confundir el instrumento con el actor. Lo excepcional en las revoluciones tunecina y egipcia ha sido «el paso de la soledad del internauta a la euforia colectiva». Así pues, debemos distinguir tres cosas: el internauta solitario, la red social –que fabrica el vínculo social virtual– y la toma de posesión del ágora (plaza pública), que fabrica el vínculo social real, es decir, ciudadano.²⁸

La primavera árabe fue una revancha de la sociedad civil contra el Estado policial, depredador y patrimonial. Pero es también una revancha contra los *zaims*²⁹ que durante demasiado tiempo han dominado la escena política árabe.

Es en este aspecto en el que la primavera árabe es en sí misma un “caso de manual”. Como prueba de ello, la sensación de inquietud que experimentaron los dirigentes chinos ante las movilizaciones populares en Túnez, Egipto, Yemen y otros países. ¿Es, por otra parte, un hecho meramente casual que los generales birmanos, que gobernaban Birmania con mano de hierro, emprendieran, precisamente en 2011, un proceso de apertura a la oposición? En Malasia, las manifestaciones Bersih 2.0 (“limpio”), ¿no se inspiraron en la primavera árabe?³⁰ En España, el movimiento de los indignados tal vez no sea extraño a las movilizaciones populares en el mundo árabe. Así pues, la relación de causalidad no es directa, pero el efecto demostración es evidente.

Si he querido recordar todo esto, ha sido para decir que el mundo árabe puede contar en la fase de transición con una sociedad civil muy viva. No hay más que verla en acción en Egipto y en Túnez, más vigilante que nunca.

²⁸ B. Khader, *Le Printemps Arabe: un premier bilan*, Editions Syllepse, Paris, 2012, p. 32.

²⁹ Antiguas milicias irregulares turcas o el jefe de un grupo de tales milicias (N. del T.)

³⁰ Véase el artículo de K. Currie, «L'Asie y le Printemps arabe», en *MED 2012*, IEMed, Barcelona, 2013, p. 329.

El riesgo de la transición: el desencanto

Los países árabes que han vivido levantamientos populares continúan dominados por la pasión revolucionaria, y no por la razón democrática; se encuentran en la fase de cuestionamiento, y no, por supuesto, en la fase de reorganización. En una palabra, están en la fase de transición. Y por definición, la fase de transición puede durar algunos años y es, en todo caso, un camino escarpado y sinuoso que requiere una vigilancia constante.

Considerando que la transición es un momento difícil, me sorprende el pesimismo que rodea a la primavera árabe. Las Casandras han decretado ya la confiscación de la revolución de los jóvenes por los militares, su recuperación por los leales a los antiguos regímenes, su secuestro por la reactivación de los reflejos regionalistas o tribales, su perversión por unas elecciones que han dado la victoria a unas fuerzas conservadoras e incluso su asfixia por un radicalismo salafista.

Al contrario que las Casandras, sigo creyendo que el mundo árabe ha entrado en una nueva era por la puerta grande que los jóvenes abrieron de par en par. Naturalmente, los resultados no siempre acompañan. Naturalmente, los partidos tradicionales han navegado sobre «la sangre de los jóvenes». Pero todas las revoluciones anteriores tanto en Europa como en América Latina conocieron momentos de desencanto y algunos debieron hacer frente a amenazas reales. En España, por poner solo este ejemplo, además de la violencia de los grupos paramilitares de extrema derecha y de extrema izquierda, se vivió incluso un intento de golpe de Estado, el 23 de febrero de 1981 (23-F), cuando guardias civiles al mando del teniente coronel Tejero irrumpieron en el Congreso de los Diputados y tomaron como rehenes a los parlamentarios, pretendiendo actuar en nombre del Rey. Este desautorizó enseguida a los golpistas, comprometiéndose a defender la legitimidad democrática y salvando de este modo la transición española. El conato de golpe de Estado solo duró 17 horas, pero los españoles se llevaron un buen “susto”.

¿Debemos preocuparnos por la proliferación de partidos políticos, como hacen algunos pesimistas? Lo que deberíamos ver en esa abundancia es una liberación de la palabra, por muy desordenada que sea. Esto no es exclusivo de los países árabes. Por ejemplo, después de la revolución polaca aparecieron en escena no menos de 111 partidos y 29 lograron franquear las puertas del Parlamento.

De lo que debemos preocuparnos es de la negación del pluralismo por parte de ciertas fuerzas políticas que se jactan de haber ganado las elecciones y, sobre todo, de la violencia de ciertos grupos que parecen querer imponer sus normas a toda la sociedad. En Egipto el presidente Morsi ha multiplicado los errores y su gestión ha sido calamitosa, provocando

manifestaciones populares de rechazo que han desembocado en su destitución bajo la presión popular con apoyo del ejército de Egipto.

No debemos restar importancia a los problemas económicos: los jóvenes se movilizaron para pedir más dignidad, libertad y justicia, pero también por un futuro mejor. Y, evidentemente, todos los países donde se han producido levantamientos populares han registrado fuertes caídas de su economía. La inestabilidad y las inversiones no hacen buenas migas. El sector turístico, que da trabajo a más de entre el 12% y el 15% de la población activa en Túnez y Egipto, sufrió un duro golpe, mientras que las promesas financieras (especialmente del G-8 en Deauville en mayo de 2011) tardan en concretarse. Todo esto complica aún más el panorama. Pero, ¿es motivo para echar de menos los “antiguos regímenes”, como hacen algunos? No, la primavera no es un espejismo, pero tampoco es un “milagro” que vaya a cambiarlo todo de la noche a la mañana.

En este sentido, no es superfluo resumir aquí dos puntos de vista opuestos sobre la primavera árabe, desde una perspectiva estadounidense, publicados en 2013 por la revista de ese país *Foreign Affairs*: coinciden ampliamente con lo que hoy se escribe en los medios árabes.

El primer texto, firmado por Seth Jones, se titula precisamente «El espejismo de la primavera árabe».³¹ Es el vivo ejemplo del desencanto. Para el autor, nada mueve al optimismo: los regímenes elegidos son débiles, las luchas tribales se han reanudado, las libertades no están garantizadas, los Hermanos Musulmanes lo han copado todo, han impuesto sus normas y, peor aún, el sentimiento antiamericano no se ha atenuado. Al pasar revista a los países árabes en los que se han producido levantamientos, sólo ve nubes que se acumulan y tormentas amenazadoras en el horizonte.

En los otros países árabes, los regímenes –como el de Arabia Saudí– compran la lealtad de la población mediante generosos subsidios, o bien organizan –como en Argelia– elecciones parlamentarias que la población considera una farsa.

Después de estas conclusiones desoladoras, el autor llega a sus propuestas de políticas dirigidas a los responsables estadounidenses:

- a) El interés de EE UU debe centrarse en primer lugar en sus prioridades estratégicas y no dejarse atraer por las promesas percibidas de la primavera árabe. Pero, para el autor, los intereses norteamericanos son claros: contrarrestar las ambiciones iraníes en la región, asegurar los flujos de petróleo a precios razonables y combatir el terrorismo.

³¹ S. G. Jones, «The mirage of the Arab Spring: deal with the region you have, not the region you want», en *Foreign Affairs*, enero-febrero de 2013, pp. 55-63.

b) Para alcanzar estos objetivos, EE UU debe colaborar con los regímenes no democráticos, y más teniendo en cuenta que algunos gobiernos árabes democráticos serían sin duda más hostiles a EE UU que sus predecesores.

No se puede decir con más claridad: la democratización de los países árabes no es una prioridad estratégica estadounidense.

Por suerte, no es este el punto de vista de la otra colaboradora, Sheri Berman.³² En contra de las voces pesimistas, la autora destaca algunos errores que cometen ciertos analistas. El primero es olvidar la influencia de las patologías heredadas de las antiguas dictaduras. El segundo es extraer como conclusión la irracionalidad o la inmadurez de la población aferrándose a determinados signos aparentes (lucha callejera, retórica excesiva, etc.) en lugar de entenderlos como la debilidad de los cauces institucionalizados que pueden canalizar las reivindicaciones de la sociedad.

Para la autora, los problemas que encuentran los países árabes de la “primavera”, lejos de constituir patologías, no son sino la prueba de un proceso, difícil y desordenado, de un desarrollo político tumultuoso que conduce a un mejor orden democrático. Y la autora se detiene en las experiencias históricas de EE UU, Francia y Alemania para subrayar lo bien fundado de su argumentación y demostrar que los países que hoy son democracias liberales estables tuvieron que superar duras pruebas antes de llegar a serlo.

La autora concluye que el pesimismo generalizado que rodea a la primavera árabe está fuera de lugar, pues no hay razón alguna para pensar que el mundo árabe pueda seguir siendo una excepción permanente a las reglas del desarrollo político.

A modo de conclusión

Este es exactamente el punto de vista que he querido desarrollar en este texto: como todos los pueblos del universo, el mundo árabe no se complace en la servidumbre. Los jóvenes lo han demostrado de forma brillante al desafiar a policías y ejércitos con una valentía excepcional que ha devuelto un gran orgullo a los árabes, a quienes durante mucho tiempo se ha considerado petrificados por el miedo. Pero lo más duro está por llegar, pues hay que pasar de la fase de cuestionamiento a la fase de reorganización. Y eso se hará con dolor, recuerda, con toda razón, Sheri Bernman. Todas las experiencias históricas de procesos de transición lo han demostrado. Hay que saberlo para no caer en un pesimismo exagerado y echar de menos a los “antiguos regímenes”. El pesimista está condenado a ser espectador. Si los jóvenes árabes salieron en masa a las calles y plazas de sus ciudades, desafiando a la

³² S. Berman, «The Promise of the Arab Spring: in political development no gain without pain», en *Foreign Affairs*, enero-febrero de 2013, pp. 64-74.

muerte, es porque creen que hay otro futuro. Gilbert Achcar, autor de la notable obra titulada *Le Peuple Veut* («El pueblo quiere»),³³ recuerda que el título de su obra se inspira en una consigna coreada en Túnez, «El pueblo quiere la caída del régimen», consigna que a su vez se hace eco de unos célebres versos del poeta tunecino Aboukacem Al-Chebbi (1909-1934), integrados en el himno nacional del país: «Cuando el pueblo un día quiera vivir/ el destino tendrá que colmar su deseo/ las tinieblas se disiparán de forma cierta/ y el yugo se romperá, nadie podrá impedirlo».

³³ G. Achcar, *Le Peuple... op.cit.*, 2013, p. 431.